

Tiempos de Miakoda

Vol. I: Coyotes Negros

SHODAI SENNIN J. A. OVERTON-GUERRA

“Tiempos de Miakoda Vol. 1: Coyotes Negros”

Primera edición en MAMBA RYU PUBLICATIONS: mayo 2013

Copyright de la presente edición, D.R. © 2013, Shodai
Sennin James Alexander Overton-Guerra

Revisado por Mayra Ramos Ramírez y Carolina Machado
Motta.

Ilustraciones de la portada por Gonzalo Rueda Moreno
"Gony"

**Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita
del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas
por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento.**

ÍNDICE

Capítulo		Página
	Prólogo	1
1	Coyotes negros	9
2	Los Mambas son Zinjas	31
3	Bagheera	55
4	Entrevista con el Sennin	71
5	El olor de tu pareja	95
6	El sueño de un sueño	119
7	¡Mejor creer en guongos!	149
8	Hay que tener certeza	181
9	Miakoda	223
10	Espejos contra espejos	279

PRÓLOGO

En realidad cuando me lo preguntó no se me ocurría una respuesta, al menos no una buena. En pocos momentos, instantes apenas, me había dado cuenta de lo errada que había estado mi percepción de la realidad y que quizás lo había estado a lo largo de toda mi vida – a pesar de lo instruida, liberada, independiente, e ‘ilustrada’ que me había creído. Sí, había llegado hasta allí, ¿pero para qué? ¿Por qué? ¿Por curiosidad? ¿Orgullo? ¿Arrogancia? No estaba del todo segura pero ahí estaba, recubierta de picaduras ardientes y dolorosas y frente a ese hombre de raza, edad, nacionalidad, e incluso acento que no acababa de situar. Él era como tantas cosas a la vez, pero ninguna concreta. Era un hombre extraño eso sí, raro, pero no tanto en el sentido de peculiar sino de exótico, y ante todo era extraño porque despertaba en mí emociones contradictorias; por una parte me desconcertaba mucho porque no le lograba encajar, leer, ubicar. Sin embargo, jamás nadie me había inspirado tanta confianza; con su presencia me sentía segura a pesar de dónde estaba y de cómo estaba. ¿Cómo era él? ¿Cómo explicar mi primera impresión de este ‘personaje’, de este ‘tipo’? ¡‘Arquetipo’ más bien! ¡Anacrónico! Incongruente; chocante; prepotente; altivo; dominante; todo eso y mucho más. Tenía una cualidad de ‘ausente’, de no perteneciente pero de arcaico a la vez, como un animal prehistórico que existió durante millones de años pero que se extinguió ya hace miles. Él era como varios personajes a la vez, de ese tipo de hombres altamente cultivados y sabiamente estoicos pero primitivos, rudimentarios – todo combinado en uno sólo, y sin embargo había algo muy diferente, algo único que desafiaba el mero agregado de estereotipos. Descubrí, con el tiempo, con mucho tiempo, que para él ser Maestro y ser hombre es una misma cosa; descubrí que a pesar de sus muchos defectos, o lo que me parecían defectos quizás, él era – es – en todo momento nada menos que magistral, nada menos que impecable. ¿Cómo? ¿Cómo se logra ser imperfecto e impecable a la vez?

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

Tardé décadas en entenderlo, y sin embargo lo puedo resumir en una de sus innumerables escuetas enseñanzas: *“Atrévete a ser quién eres; sé fiel a ti misma. En la vida nada más importa.”*

De una sola ojeada era capaz de transmitir aspectos tremendamente diferentes de su carácter y personalidad. A veces su mirada era fría e implacable y tras ella se sentía el resultado de una larga vida dedicada a forjar una disciplina de acero, de piedra, no, más bien de diamante; otras veces transmitía el fuego de una intensidad apasionada, de una dedicación total, de un compromiso indoblegable; otras, la suave y adaptable tranquilidad del agua que toma la forma de su contenedor sin perder su esencia; otras, de una despreocupación tan completa, de un desapego tan consumado hacia todos y hacia todo, que su esencia se convertía apenas en una leve brisa de aire; y sin embargo en otras, escasas quizás, lograba discernir en él tal empatía y tal compasión que parecía que le dolía el sufrimiento del mundo entero. Todo eso era capaz de comunicar y más, y ya me había comunicado mucho en esa misma noche en breves intervalos de meros instantes. Y solamente ahora, después de tantos años a través de los cuales he tenido ocasión de llegar a conocerle no solamente como Maestro sino como hombre, he llegado a otro ‘elemento’ de comprensión acerca de él: el vacío al que abre su ‘espíritu’ no tiene principio ni fin, es el Tao mismo donde el Todo y la Nada se detienen y a la vez no cesan de moverse; donde el Todo y la Nada se separan y a la vez no dejan de confundirse.

Tardó mucho – a mi parecer – en compartir conmigo cualquier detalle sobre sí mismo, como de dónde era, cuál era su nombre completo, quiénes eran su gente, si tenía hijos o no. Desde el primer contacto durante ese encuentro inicial presentó una barrera imponderable que forzaba un decoro impecable, una barrera que desde el inicio me dediqué a socavar y que con los años fui lentamente reemplazando por una relación completamente diferente. Creo – y digo ‘creo’

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

porque a pesar de las oportunidades que he tenido para preguntarle, no se me había ocurrido hasta este preciso momento en el cual me he puesto a escribir estas memorias – que su propósito era en parte de enfocarme en las enseñanzas mismas y no en él como persona, aunque también es cierto, como intuí desde el principio, que el hombre, su arte y su disciplina son una misma cosa, inseparables, vertientes de una misma sustancia. Pero había algo más; mi madre me decía: *‘mi hija, todo hombre es siempre hombre, y cuanto más hombre, pues más hombre.’* Nunca conocí hombre más hombre.

Muchos de esos pensamientos, sin embargo, no me vinieron a la mente en esos primeros instantes en los que le vi. No, la primera impresión que me causó fue a la vez de asombro y de irritación. De asombro no por su tamaño, puesto que aunque no era un hombre pequeño ni con mucho, de hecho era algo alto en estatura, más alto que la media en estos lugares, pero no era muy grande tampoco. Era ancho y bien formado de hombros y estrecho de cintura, y se desplazaba con una gracia felina que delataba su destreza marcial; pero eso no me captó mucho la atención al principio. Tampoco me fijé demasiado, conscientemente al menos, en que sí era muy o poco atractivo; esas consideraciones vinieron después, aunque de hecho poco después. No, en retrospectiva era otra cosa la que me llamó la atención de él, y bajo manto del relativo pseudo-anonimato puedo libremente reconocer que lo que más me chocó, lo que más me asombró, y lo que más me indignó a la vez fue la indiferencia con la cual me recibió, ofendiendo y desafiando a mi ego femenino con el patente desinterés que mostró al no reparar en mi presencia física. Es ley de vida que a partir de cierta edad toda niña atractiva se da cuenta de que los hombres se rinden muy maleables ante la mera sugerencia del favor de una fémina bella. Desde muy niña, tal vez con algo de precocidad, descubrí que las voluntades de los varones – compañeros de clases, maestros, e incluso familiares – estaban mucho más dispuestas a favorecer a las muchachas bonitas que a las menos beneficiadas por la madre naturaleza; aun cuando las atractivas

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

fueran de mala disposición o de peor carácter, *cabronas*, como las llamaba mi madre, conseguían el favor de los hombres con mucha mayor predisposición que las de menores atributos físicos aun con mejores dotes de personalidad e inteligencia. Aprendí, sin lugar a dudas observando a mi madre, mujer bien dotada estética y mentalmente, que una mujer con la gracia de su carácter, la elegancia de sus gestos y algo de talento en la expresión, no tenía que recurrir a la vulgaridad de coqueterías y mucho menos a la indignación de compromisos físicos, para conseguir que se le abrieran puertas, perdonarían multas, concedieran extensiones a fechas de vencimiento y plazos límites, que le cambien un neumático en plena tormenta, ser elegida en los mejores grupos de estudio, recibir el mejor papel en la obra teatral de navidad, el mejor lugar en la escolta, y un puesto asegurado en el equipo de porristas, etc., etc. Y para todo eso solamente se precisaba ser consciente de esa facultad femenina y de saber usarla, es decir, sin comprometer el amor propio, la dignidad o la reputación; todo un arte que yo había cultivado a la perfección y que sabía infalible. Lo bueno es que los hombres son tan sencillos, tan necios, y tan egocéntricos que no se dan cuenta de la manipulación. De ahí que todo se mercadea para el hombre con ilusiones de sexo: parabrisas de los coches, cerveza, y hasta armamento militar se promueve para la venta con la presencia sugestiva de una imagen femenina erotizada y persuasivamente desvestida. Todas las mujeres, consciente o inconscientemente, lo hacemos – si es que podemos.

Todos los hombres, consciente o inconscientemente caen; *todos*, quiero recalcar, *todos* salvo éste. En un momento de reacción instintiva bajo el terror por el cual acababa de pasar, mi mejor intento de establecer un ‘control’ sobre la situación, es decir, sobre el varón que apareció en mi rescate, me encontré con una mirada netamente humillante y apáticamente indiferente a mi feminidad, seguida de la primera de una letanía de órdenes que tuve que aprender a obedecer sin rechistar: “¡Siéntate!”. A pesar de que ahora, muchos años más tarde y en retrospectiva, me río, en ese momento estaba al rojo vivo de indignación. A ese

hombre habría que bajarle del caballo de su altanería y domarlo. Mientras que su tarea fuese adiestrarme a mí, y la mía aprender de él, yo tendría mi propia misión que cumplir: la de adiestrarle a él como las mujeres habían hecho a todos los hombres desde el principio de nuestra especie. En los pocos minutos que transcurrieron entre que apareció de la nada bajo la noche del plenilunio y desde que me formuló su primera pregunta, supe que no importaban los motivos que me habían llevado hasta allí, yo tenía además otra agenda secreta que cumplir, proceso en el cual yo misma acabé enmarañándome más y más.

Confieso que en el transcurso a veces hasta perdí interés completo en mi propósito original. ¡Cuánto se habían burlado de mí mi madre y mi abuelita! ¡Qué rabia me daba! ¡Qué ingenua era!

✧ *“¿Qué buscas ahí mi hija? ¡Tan difícil le resulta a nuestra Menina encontrar hombre que la aguante que tiene aprender a someterlos a trancazos!”*, se burlaba mi abuela.

✧ *“¡Hija mía! ¡Que ni las más feas toman a los hombres a la fuerza! ¡No seas animal!”*, añadía mi madre a carcajadas.

Y al final tuve que admitir que aunque me enfureciera en el momento, mi abuela tenía toda la razón del mundo cuando me decía:

✧ *“No se puede ir contra la madre naturaleza mi hija. En eso los hombres y las mujeres somos iguales. ¡Hasta las reinas se antojan por los zapatos! ¡Toda mujer es ante todo eso, mujer, y frente al buen varón ya te olvidarás de ‘iluminarte’ y sólo pensarás en ‘enlazarte’! ¿Entiendes? Así es la química de la mujer ante el hombre que admira. ¡Veremos si no es verdad lo que te digo!”*

En retrospectiva, sin siquiera haber hablado con él acerca del tema, sé que lo sabía, sin lugar a duda incluso antes de que yo misma me hubiera atrevido a planteármelo; y sé que lo usó perfectamente al formular su estrategia para mi enseñanza y adiestramiento. *“El espíritu es aquel metal forjado entre el martillo de la voluntad, el yunque del tiempo, y el fuego de la adversidad”*, me decía, para añadir,

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

“y en la formación de ese espíritu el maestro es el herrero y tao de MAMBA es la fragua”. Muchos años después, llegando a un punto crucial en mi aprendizaje me reveló el gran secreto de cómo logró tomar toda la energía disfuncional, negativa, destructiva de mi ‘Yo Sombra’, de lo peor de mí, y transformarlo en algo positivo, en una obra de arte: *“para pulir un diamante, hace falta otro diamante”*. Esta es la historia de ese largo proceso, de cómo pasé de ser una discípula terca, necia, negativista desafiante incluso, a ser gran maestra de una tradición moderna de *ninja*. Esta es la historia de una gran paradoja, la paradoja de la libertad: *para llegar a ser libres tenemos que someternos totalmente al proceso de nuestra liberación*.

Me doy cuenta de lo que demasiados lectores esperan a estas alturas. Esperan poder ojear las primeras páginas y encontrar un resumen del libro para decidir si merece la pena comprarlo o aun leerlo una vez que materialice en un estante de sus librerías. Siento decepcionar, pero me niego a cometer la infamia de tratar de resumir las enseñanzas, la naturaleza del aprendizaje de una vida – algo inefable en su esencia – en unas pocas palabras. Esa ya reconozco que es una actitud que adopté de él: el “tómelo o déjenlo”. En la vida la instrucción no se limita a los libros que leemos ni a las lecciones que recibimos; el aprendizaje abarca otras muchas cosas, como la naturaleza de las personas que imparten las enseñanzas, el contexto en el que se reciben las mismas, y las reacciones que causan en nuestro interior. En un principio diría que mi aprendizaje a lo largo de los años con él no fue nada de lo que esperaba, y que un análisis superficial a mis apuntes revelaría temas tan diversos como la filosofía occidental; la psicología de las religiones del mundo; las técnicas chamánicas, hipnóticas, y meditativas de varias tradiciones, órdenes místicas y guerreras desde los monjes tibetanos hasta los *shinobi* o *ninja* del Japón y desde los esquimales y mongoles hasta los aborígenes de Australia y los maorís de Nueva Zelanda. Mucho menos podría resumir los cambios que me causó sin contar gran parte de la historia de cómo me sucedieron; digo que parte, porque toda mujer tiene secretos de alcoba y de

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

corazón que son suyos y de nadie más. Además, algo que él me enseñó es que no se puede contar la verdad, sólo se puede contar una versión subjetiva de la misma; y aun así y habiendo dicho esto, aquí me comprometo a contar *la verdad, sólo la verdad, pero no toda la verdad*. Dicho esto voy a compartir con ustedes la pregunta con la cual comenzó la aventura más *real*, más *auténtica*, y a la vez más *imaginativa* de mi vida: “¿Por qué estás aquí?”

Shihan Miakoda no Kami

Gran Maestra de la Orden de las Lobas y Tigresas Iluminadas

MAMBA-RYU

CAPÍTULO 1

COYOTES NEGROS

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

El 4 x 4 viajó más de dos horas desierto-adentro antes de pararse. Oí cómo salió uno de los chaperones de la puerta del lado opuesto al conductor. A los pocos instantes después se abrió la mía y alguien me estaba quitando la venda que traía en los ojos. Mientras que mi visión se ajustaba a la luz, otra voz, la del conductor, me preguntaba:

- ⌘ “¿Estás segura? Simplemente contesta ‘sí’ o ‘no’.”
- ⌘ “Estoy segura.”
- ⌘ “¡Contesta ‘sí’ o ‘no’!”

Me acuerdo de haber dudado, de haber vacilado. No por mi decisión, en eso estaba muy clara, sino que me sorprendió el no haber seguido las instrucciones para la respuesta al pie de la letra; en el *dojo* no hubiera cometido ese error, tampoco lo hubiera cometido en un *tai kai* – seminario, campamento o retiro – literalmente una “reunión de cuerpos.” ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

- ⌘ “¡Sí *sempai!*”, respondí finalmente, tal vez con más energía y más formalidad de la necesaria, como para compensar por el lapsus anterior. En este caso *sempai* significaba alumno más adelantado, de mayor rango; en otros casos significa ‘mentor personal.’
- ⌘ “Mejor. Es por ahí”, indicó, señalando con el dedo a un acentuado sendero de venado que se extendía a lo lejos y que comenzaba prácticamente a nuestros pies.

Me explicó que el caminito seguía hasta aquella cordillera que se veía a la distancia al oeste, y que subía hacia la hendidura entre dos montes gemelos que se alzaban en forma de dos gigantescos senos de mujer, para luego desaparecer en el matorral entre las colinas. Me dijo que tendría que seguir el camino hasta el mismo final, hasta el otro lado de las montañas donde el paso se abriría a una explanada amplia y en la cual, a pocos minutos de distancia, me encontraría con una pequeña formación de rocas.

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

- ⌘ “Imposible perderse”, concluyó otro de los otros dos chaperones presentes pero aún sentados en el carro. De la nada una voz desafiante que entraba a veces en mi cabeza reverberó, ‘*para mi nada es imposible.*’

No perdí nada de tiempo en mirar cómo se marchaban mis chaperones en su camioneta. Lo recalco porque sé que en las películas se acostumbran esas escenas en las cuales los protagonistas se quedan pegados en el camino viendo como el vehículo que los dejó desaparece bajo una humareda de polvo, supongo para acentuar el efecto dramático del que se queda plantado; pero seamos realistas, esto no era una visita al campo, era un campamento privado que sería la fase definitiva de mi examen para el rango de *shidoshi-ho* – instructor asistente. Tenía un tiempo fijo para llegar a mi destino y encontrarme con el *shihan*, el ‘maestro modelo’ o gran maestro de MAMBA Ryu ninjutsu que se me había asignado para el entrenamiento-examen y no iba a perder tiempo con gestos melodramáticos: para mí todo era “*cumplir o morir, cumplir hasta morir.*”

Pero a pesar de mi autoconfianza sí había algo que me tenía alborotada; aunque no se me había especificado quién era el *shihan* – esa era información ‘confidencial’ – se rumoreaba que éste no tenía *kohai*, es decir, que no tenía ‘aprendiz’, ‘protegido’. La relación *sempai-kohai*, ‘maestro-discípulo’ o ‘mentor-protegido’ es esencial para el auténtico progreso. Al igual que hay personas que practican el catolicismo pero no son del clero católico, en MAMBA Ryu hay muchos alumnos que estudian, practican, y viven diferentes aspectos de las enseñanzas, pero no necesariamente aspiran a los rangos profesionales, a ser maestros, mucho menos al rango de *shihan* como aspiraba yo. Era una tremenda ambición que requería de increíble estudio, dedicación, y disciplina, y tal vez por eso mismo lo quería. Pero sin un mentor personal, sin un *sempai shihan* sería casi imposible. En MAMBA Ryu la relación *sempai-kohai*, establecida por nuestro Shodai – maestro-fundador – es mucho más que la de instructor-alumno, es más incluso que la de

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

padre-hijo; es una relación personal, privada, sin reglas fijas ni parámetros prescritos de interacción salvo la dedicación total del *sempai* a la formación y progreso del *kohai*, y la lealtad, obediencia y respeto absoluto del *kohai* hacia su *sempai*. Sólo mediante la relación con un *sempai* podría un discípulo ver las enseñanzas aplicadas más allá de la cortina de la instrucción formal, es decir, en la vida privada y personal del maestro, en la personalidad íntima del mismo.

Los *shihan* son, comprensiblemente, pocos y los discípulos en comparación son muchos; por eso mismo oír de un *shihan* sin al menos un solo *kohai* era una tremenda anomalía. No se sabía cuáles eran las circunstancias tras esta situación tan insólita, pero yo seguía sin *sempai* – lo cual era una creciente preocupación – y pensé que ésta sería una tremenda oportunidad para que se me fuera asignado uno, mi propio *sempai shihan*, alguien que me sirviera de mentor hasta que yo también alcanzara algún día el rango de *shihan*. Lograr un *sempai* no era cuestión de dinero, de hecho, la instrucción en el Ryu no era cuestión de dinero, al menos, no solamente de dinero. Shodai, nuestro fundador, había establecido la tradición de no negarle instrucción a nadie por falta de dinero con tal de que mostrara la dedicación requerida, pero de negarle la instrucción a cualquiera por falta de la dedicación requerida por mucho dinero que estuviera contribuyendo por los servicios recibidos. Como mucho el dinero te ofrecía la oportunidad de entrenamiento y estudio en el Ryu, pero sólo una dedicación férrea te mantendría en él. Éstos y muchos otros eran mis pensamientos mientras marchaba a buen paso bajo el agradable sol otoñal del desierto.

Aun sin parar me llevó casi cuatro horas llegar a mi destino. Llegué deshidratada, pero durante el camino me sentía demasiada ansiosa para detenerme a beber. Con frecuencia me imaginaba cómo hubiera sido la misma travesía durante el verano cuando el sol calienta 20 grados centígrados más de lo que estaba haciendo de momento; solamente la idea me daba más sed y más calor. Alcancé mi destino ante la formación de piedras con más de 30 minutos de

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

antelación a la hora preestablecida; ‘buen comienzo’ pensé, pero aun así no conseguía quitarme de encima la tremenda agitación que traía por dentro. No había dormido casi nada la noche anterior, dando vueltas en la cama e imaginándome como sería un retiro privado en el desierto con todo un auténtico *shihan*. En el poniente el sol ya amenazaba a desaparecer detrás de una cordillera mientras que una imponente luna llena prometía tomar su lugar de prominencia en lo alto del firmamento. Traté de relajarme, de disipar la conmoción y la ansiedad que me consumían regulando mi respiración, entrando en plena presencia con mis alrededores y disfrutando de la magnífica vista que se abría a mi entorno. ‘¿Qué hago ahora?’ me pregunté. No sabía gran cosa del desierto, ni de su flora, ni de su fauna, ni de su historia natural; por primera vez esa tarde me di cuenta de la enormidad de mi ignorancia y que la misma me impedía disfrutar del todo la maravilla a mí alrededor. ‘¿Qué hago ahora?’ me planteé de nuevo. ‘Nada’, fue la respuesta, y con ello saqué una manta térmica que traía en la mochila y me senté en *seiza* – posición arrodillada sentada sobre los talones – para meditar. De todas las meditaciones que conocía del Ryu, decidí hacer una meditación respiratoria abdominal que se llama la ‘Meditación de Tortuga’ porque reduce progresivamente el ritmo respiratorio – y por lo tanto el metabolismo completo – hasta llegar a dos respiraciones por minuto, típico de muchas especies de tortugas. Con esfuerzo conseguí relajarme pero sin confiar en cerrar los ojos. Todos los sonidos del viento y de la naturaleza se convertían en mi mente en las pisadas del Maestro acercándose, o de otro ser humano o incluso de algún depredador. Tomé unas inhalaciones y exhalaciones abdominales profundas y comencé el ejercicio, apenas logrando enfocar en la respiración pero pendiente de mi percepción visual a ver si veía señas del Maestro. No duré así más de veinte minutos.

Después de un tiempo decidí que mi posición estaba demasiado ‘expuesta’ y busqué un lugar pegadito a la formación de rocas donde tendría las espaldas ‘protegidas’. Ahí hice mi ‘cuartel’, dejando la mochila y sentándome de nuevo en *seiza*. Esta vez decidí por otro tipo de meditación que pensé más apropiada para las

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

circunstancias. Aún no había dominado la Meditación de Luna, un ejercicio místico en el cual uno difunde su atención en todos los sentidos por igual, disolviendo así el ‘yo’ con la información sensorial que le llega al cerebro de sus alrededores y del cuerpo mismo. Durante mucho tiempo fijé la atención visual en un lugar indefinido en el horizonte y me esforcé en poner atención en *todo* por igual: atención en mi visión periférica; atención en los olores que llegaban a mi nariz con cada inhalación junto con la sensación del aire caliente que entraba y salía por mis fosas nasales; atención en los sonidos que surgían en todas las direcciones y que trataban de reclamar mi curiosidad exclusiva de un instante a otro; atención en las innumerables sensaciones que llegaban a mi piel, desde las gotas de sudor rodando por la espalda, hasta la leve brisa que me acariciaba el cuello y que me revolvía el cabello en los hombros y en la nuca; atención a las sensaciones de los pies en las botas, de la ropa contra el cuello, del movimiento corporal causado por la respiración abdominal; atención en toda la información sensorial posible, y de todo a la vez sin dar prioridad uno sobre otro y sin dejarse llevar por pensamientos, solamente *estar* en el presente continuo de forma que el ‘ser’ y el ‘estar’ se fusionan en un solo estado existencial y el ‘yo’ se disuelve con el ‘todo’ – *todo eso*, y no entretenerse, no ‘engancharse’. De ahí a que la Meditación de Luna se llame también la ‘Meditación sin Enganches’ porque no da prioridad a cualquiera de las percepciones por encima de las demás, no se cede presencia mental a los pensamientos que irremediamente nos acechan cuando tratamos de ‘aquietar los remolinos de la mente.’

No tuve grandes resultados pero sí logré entrar en un buen ‘estado’ meditativo, como de un trance ligero, donde me quedé durante mucho tiempo batallando aunque estuve para controlar la mente, para disponer de la atención, para suprimir los pensamientos, para suprimir las imágenes mentales que en el Ryu llamamos ‘imagingocepción.’ Cuando me quise dar cuenta, la noche comenzaba a envolverse como una cobija fría y tuve que dejar de usar la manta térmica de

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

alfombra y recubrirme con ella. Me acomodé por un rato más pero finalmente, después de casi otra hora meditando, un récord para mí en aquellos tiempos, me empezaron a entrar todo tipo de pensamientos negativos a modo de grabaciones mentales que me resultaron imposibles de zanjar: *‘¿qué tal si este no es el sitio?’*, *‘¡te morirás aquí sola!’*, *‘¿cómo pudiste ser tan tonta?’*, *‘eres sólo una mujer!’*, *‘¡tu abuela tenía razón!’*, *‘¡tu madre tenía razón!’*, *‘¡tu padre quería un hijo!’*. Batallé para recuperar la compostura y mantenerme serena, para *‘aquietar los remolinos de la mente’*, pero el cotorreo mental no paraba. De pronto empezaron los aullidos y ladridos de los coyotes en la no muy lejana distancia, lo cual coincidió con el pensamiento interior que decía, *‘¿con que para mí nada es imposible?, ¿y perderte, tampoco no es posible? ¿Morir aquí tampoco es imposible?’* “¡Ya estuvo!” solté en voz alta. No aguantaba más ser paciente. Rompiendo con mi disciplina personal, por primera vez desde que llegué al punto de reunión, eché un vistazo a mi reloj digital. La hora del encuentro con el Maestro había pasado hace más de dos y aún no había ni rastro de él, ni del sol en el ya impresionante firmamento que lucía una colosal luna llena y miles y miles de estrellas que brillaban de forma que nunca se podía ver desde la ciudad.

Mi distracción con la magnificencia celestial fue solamente momentánea ya que lo que sucedió después me heló la sangre. El primero apareció segundos antes que los demás; venía por el mismo sendero de venado por el que había caminado yo anteriormente esa tarde, y salió de la maleza con la cabeza agachada olfateando mi rastro para después, como respondiendo a un impulso interior o a una fuerza inaudible, desaparecer de nuevo entre el matorral. Instantes más tarde aparecieron los demás a modo de comando secreto, invadiendo el arenal abierto en torno a mi ‘cuartel’. Conté como más de media docena que salieron de todas partes a la vez, entrecruzando el espacio a meros metros delante mí. Había oído de coyotes atacando en manada a personas y comiéndolas aún vivas. Sabía que en aquellos momentos esos no eran pensamientos que me sirvieran pero no los conseguía apartar de mi mente. ¿Cómo protegerme de esta ‘especie’ de enemigos

y en este terreno? No había entrenado para este tipo de escenarios en absoluto; tendría que improvisar. Lentamente, lo más despacio posible, saqué mi bolo – un tipo de machete corto o cuchillo largo que se maneja en el Ryu – de su funda y tomé una empuñadura de comando, filo contra la muñeca, para protegerme el antebrazo contra mordeduras. La otra mano la alcé a cámara lenta para protegerme el cuello de un posible ataque inesperado a la garganta o a la cara. Después traté de no moverme pensando que serían atraídos por el movimiento. Eran bestias infernales, completamente negras y que por algún motivo me recordaban a tigres. Me ignoraron y con algo de alivio pensé que no me habían visto y que sobreviviría e incluso saldría ileso del evento, pero de repente uno, el más grande, el que salió primero de la noche alunada se me acercó demasiado para mis nervios y en pleno pánico, pero eso sí sin soltar para nada el bolo, eché a correr hacia una mata de cactus a mi izquierda. Ante mi reacción y de inmediato, todas las sombras infernales me acecharon y de pronto, completamente rodeada, no tuve más remedio que pararme. A mi gran sorpresa – y aun mayor alivio – no me atacaron, de hecho era como si me tuvieran acorralada, clavada en el sitio para no permitirme mayor desplazamiento. De pronto uno de ellos se me acercó de nuevo, y pelándome los dientes, empezó a gruñirme a los pies como si los fuera a morder, a atacar, mientras que los demás comenzaron a ladrarme con insistente y creciente ferocidad. No pasaron segundos así cuando oí un ‘chis-chis’ a pocos pasos detrás de mí, a mi derecha, proviniendo de la invisibilidad del matorral. No me atreví a mirar, a quitar los ojos de encima de los agentes de la pesadilla que tenía por delante; instantáneamente, y como por arte de magia, los infernales coyotes negros respondieron al sonido dispersándose de nuevo en la oscuridad iluminada de la noche.

Me quedé congelada, sin saber cómo responder; estaba anonadada, como en un sueño pero con los ojos bien abiertos y plenamente despierta. Era casi como si no fuese yo misma, como si ‘yo’ fuese ‘otra’, la protagonista principal de una

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

película de terror. Me di cuenta en un momento dado de que había dejado de respirar e inmediatamente recurrí a mi entrenamiento empujando mi abdomen como un fuelle, forzando la respiración abdominal para que los circuitos neuronales, congelados que estaban, comenzaran a funcionar. No sé lo que era peor estar completamente pasmada o tener que oír de nuevo el diálogo mental esta vez en la forma de la voz de mi madre: ‘¿Para esto has venido?’; ‘¿Qué necia eres!’; ‘¿Qué hace una mujer sola y en medio del desierto?’; ‘Esto es cosa de hombres y no de mujeres decentes!’; ‘No puedes ser como era tu hermano’; etc., etc. Batallé contra todas, pero al fin un mensaje dio en el blanco y me dejó helada de pies a cabeza: ‘¡Nadie de tu familia sabe que estás aquí!’ ¡Era cierto! ¡Nadie fuera del Ryu sabía que estaba aquí! De hecho le había dicho a mi madre que me iba con una ex-compañera de la universidad a pasar unos días en su cabaña familiar – convenientemente sin acceso telefónico – tanto como para que no se preocupara como para que no me atormentara con sus incesantes y hostigantes críticas que en apariencia solamente me enfurecían pero por dentro me socavaban mi determinación, ahogando mi confianza en mis sueños, en mis ilusiones. Sentía que para mi madre ser feliz y ser conforme, aceptar la presente posición en la vida eran una misma cosa. Primero distraída y aliviada por la desaparición de los caninos y luego perdida en mis pensamientos, en mis emociones, en mi terror, no sabía decir si habían pasado instantes, minutos, u horas hasta que se me ocurrió reaccionar a la causa y origen del sonido que correlacionaba con la dispersión de la manada de asesinos cuadrúpedos. Para cuando me volteé para indagar, una figura masculina vestida de negro se encontraba parada a una brazada de mi lado derecho observándome detenidamente. Atacada por una oleada de frío que irrumpió por mis entrañas, reaccioné con sobresalto que me llevó a elevar el bolo defensivamente; si los coyotes no me mataron del susto esa figura casi lo logra. Pero el hombre ni se inmutó, seguía ahí durante unos momentos, inmutable e impávido con su mirada penetrante de ojos negros bajo cejas pobladas y fruncidas. A primera vista me pareció que estaba vestido completamente de negro, luciendo

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

un ‘sombrero cordobés’, uno de aquellos sombreros tradicionales del sur de España que usaba el Zorro en las películas; en el torso llevaba un poncho igualmente negro que aun a la luz de la luna lucía dos logos de MAMBA-RYU – el de “Cumplir o Morir” en el lado derecho, y el de “Semper Eruditio” en el izquierdo, ambos bordados en púrpura denotando su rango de *shihan*. Más tarde, no sé cuándo, me daría cuenta de que en el hombro izquierdo bajo el poncho cargaba una pequeña mochila también negra y que sus pantalones militares no eran negros, sino verdes con rayas atigradas. Lo que si me di cuenta, instantáneamente es que en los pies calzaba las mismas botas que yo, unas fabricadas por Oakley para las Fuerzas Especiales de los EE.UU. durante la guerra en Afganistán y que estaban tanto de moda entre los instructores y maestros del Ryu. ¡Era el *shihan*! Con ese descubrimiento me sobrevino un tremendo alivio seguido de una profunda vergüenza por los pensamientos que había estado entreteniendo solamente momentos anteriores.

En retrospectiva me parece curioso que a primera vista no me fijara en su rostro salvo en su mirada, o quizás no me acuerde bien. Lo que sí se me quedó tremendamente grabado fue lo que sucedió a después. Quisiera pensar que fue por la falta de sueño, por lo extraño del contexto, o porque aun cursaba por mis venas la adrenalina causada por los coyotes y el espanto de la aparición sombría que reaccioné como reaccioné, pero no sería la verdad. Les dije que les contaría la verdad, nada más que la verdad, pero no *toda la verdad*, y así será. La verdad era que reaccioné de súbito como una porrista cabeza hueca queriendo ligarse al capitán del equipo y antes de darme siquiera cuenta le eché ‘la sonrisa’. Sin duda todos los elementos circunstanciales y contextuales contribuyeron a mi conducta pero había algo más que me cuesta admitir a mí misma, y que para nada voy a admitirlo aquí. Totalmente frío e imperturbado, el *shihan* me siguió escrutando ahora con la cabeza ligeramente inclinada, el entrecejo aún más fruncido, y con una expresión de completa incredulidad, que yo interpreté en ese momento como

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

diciendo, ‘¡Vamos niña!’ Me sobrevino otra oleada de vergüenza, de humillación, de... de... ¡tierra trágame! que no sabía ni qué hacer con ella. Las mejillas se me encendieron lo que yo sabía que sería al rojo vivo y agradecí la condición de nocturnidad para que mi rubor no quedara obvio lo cual solamente hubiera aumentado mi bochorno. Durante lo que me parecieron minutos pero objetivamente sé que no pudieron ser más de tres o cuatro segundos, lo suficiente para sentirme totalmente mortificada, el *shihan* se me quedó mirando no más, escrutándome, evaluándome.

✧ “Dame tu cuchillo”, me dijo extendiendo la mano izquierda. Yo había perdido noción de que aún traía el bolo en la mano, amenazándole. Sin rechistar se lo entregué.

De repente y sin más preámbulo se puso en movimiento continuando su camino con toda la serenidad del mundo hacia la pequeña formación de rocas donde había hecho yo antes mi ‘cuartel’. Fue entonces cuando me dijo, sin siquiera mirarme y en un tono seco y sin humor:

✧ “¡Siéntate!”

✧ “Sí, gracias. ¿Dónde?”

✧ “Dicen que es un país libre. Por supuesto que mienten, pero por ahora donde te dé la gana está bien.” La brusquedad de su tono y la frialdad con la que me trató me resultaron indignantes; se me encendió el genio y pensé: “¡Encima de impuntual, grosero! *Shi-han*, ‘maestro modelo’. ¡Ja! ¿Este hombre va a ser un modelo para mí?”

A modo de protesta y puesto que la moral y la autoestima las traía por los suelos, decidí acompañarlas con el resto del cuerpo; así sucedió que de pronto y sin pensarlo me dejé caer, sentándome justo donde había estado antes de pie, rodeada por los coyotes. Apenas me lograba controlar las ganas de llorar, pero no sabía si de rabia o de autocompasión. Me sentía cultivando una tremenda y

exagerada antipatía hacia ese hombre el cual había decidido que era responsable por todo el desastre que me había acontecido esa tarde por su falta de puntualidad. Dándose la vuelta unos tres metros de donde yo permanecía sentada me miró algo sorprendido como diciendo, '¿qué haces todavía ahí?'. Respondiendo en mi cabeza pensé, '¡porque me da la gana!'. Recordándome al coyote negro de hace unos minutos y antes de acabar acomodándose en la posición 'natural', se me quedó mirando fijamente a los pies que yo traía cruzados en mi postura de medio loto. La posición natural consiste en simplemente agacharse en cuclillas pero con los talones firmemente plantados en el suelo; es una de las posturas fundamentales del yoga de MAMBA, y se denomina 'natural' por ser la posición de descanso que adoptamos los primates antes de tener sillas y cuando no queremos apoyar más que las plantas de los pies; aún se ve en todas las culturas preindustriales y en otras tradicionales.

Por mi parte yo no le di la más mínima importancia al hecho de que me estuviera mirando los pies, puesto que supuse que era porque llevábamos la misma marca de botas paramilitares. Desde su posición, plantado en el suelo como pajarraco negro con un gorro que me pareció de pronto ridículo, se me quedó mirando fijamente, pero no como lo hacen típicamente los hombres a las mujeres, desvistiéndonos con sus miradas, sino como un científico observaría a una especie rara con su microscopio. Yo seguía enfurecida, a punto de estallar. Estaba agotada, tenía frío, hambre, sed; tenía la boca del estómago hecha un nudo de las súbitas y repetidas descargas de adrenalina que había pasado con los coyotes que casi me devoran, y luego por la aparición de este personaje sombrío – y todo por culpa de la impuntualidad de este hombre arrogante. Estaba decidida: ¡Él era culpable por todo lo que me había sucedido esa noche! ¿Esto era lo que yo estaba esperando con tanta anticipación? ¡A este 'chovinista' diría mi abuela! ¿Para esto le mentí a mi madre? Ya no había en mí salvo una ira que me hacía temblar todo el cuerpo y zumbiar los oídos. Ciertamente, a ese hombre habría que bajarle del caballo de su

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

altanería y domarlo. Mientras que su tarea fuese adiestrarme a mí, y la mía aprender de él, yo tendría mi propia misión secreta que cumplir: la de adiestrarle a él como las mujeres habían hecho a todos los hombres desde el principio de nuestra especie. ¡Se iba a enterar de quién soy yo! ¡*Shihan* o no *shihan* seguía siendo hombre y como decía mi madre, ‘*donde veas a un hombre por muy altivo, hay al menos una mujer que le ha cascado!*’ Aquí yo sería esa mujer.

- ✧ “¿Mandé?” ¡Diablos! ¡Me había distraído y no le había escuchado!
- ✧ “¿Digo, que cómo sabes que soy quien aparento ser?” Me costó unos momentos entender lo que me decía, y aún otros comprender lo que implicaba. ¡*La contraseña!* ¡*Se me había olvidado la contraseña!*”
- ✧ “¡Soy consciente luego existo!”, exclamé.
- ✧ “Existo, porque soy consciente”, respondió concluyendo la verificación y añadiendo, “¿Te das cuenta de que encima de olvidarte de usar la verificación de identidad, acabas de dar tu única arma de protección a un completo extraño, y aquí en pleno desierto, de noche?”
- ✧ “Con respeto, *shihan*, usted estaba en el lugar adecuado y tiene las insignias y ...”
- ✧ “No puede ser que aspire a rango de *shidoshi-ho* y seas tan obtusa, ¿verdad? Llego dos horas tarde al encuentro y podría haber quitado las insignias a un cadáver. Piensa en eso. No todo es como aparenta ser jovencita. Además, deberías ser más selectiva con la compañía que eliges.”
- ✧ “No elegí la compañía, solo elegí el entrenamiento”, le respondí a secas. Podría haberle sacado los ojos y alimentárselos a los coyotes. ¡A ver cómo escogería él su propia compañía vagando a ciegas por el desierto!
- ✧ “Pues yo admiro mucho a las hormigas de fuego, son grandes maestras, pero ese aprendizaje es mejor como un programa a distancia.”
- ✧ “No entiendo”, respondí.
- ✧ “¡Que deberías tener más cuidado con dónde pones el trasero!”

- ✧ “¿Cómo dice?!” Le pregunté indignada, incrédula. ¡Ya era el colmo! ¡No me importaba que me mandara de vuelta a mi casa, de hecho lo deseaba más que nada! ¡Nadie me hablaba así!
- ✧ “¡Quítate de ahí!” Me ordenó con un gesto de la mano.
- ✧ “¿Por qué?” Más tarde, bastante más tarde, avergonzada de mi conducta le pediría disculpas; él me explicaría que el mexicano no se cría acostumbrado a una voz de mando, que es una cultura delicada – “chípil” – muy arraigadamente desafiante ante la autoridad, sobre todo las mujeres, y que en ese momento la reacción me salió de mis esquemas más enraizados que sobrepasaron a los de mi entrenamiento – algo que muy decididamente tenía que rectificar. De todos modos fue dolorosa la lección pero aprendería a nunca más cuestionar una orden suya. A los meros instantes de mi explosión de negativista desafiante, empecé a sentir dolorosísimos picotazos, primero en las piernas y luego por todo el cuerpo, que me ardían y punzaban a la vez. El dolor me llevó la atención a las piernas que estaban, ¡al igual que mis botas!, recubiertas de hormigas de fuego. Antes de que yo mismo pudiera reaccionar ya estaba él ahí, levantándose en vilo y cargándose en el aire a un par de metros del hormiguero sobre el que me había sentado. Aterrillé envuelta en una avalancha de dolor ante el asedio de centenares de asaltantes rojos que me arrancaban la carne a trocitos y con mucha mayor impunidad que amenazaban a hacer hace unos minutos la manada de coyotes hambrientos. ¡Ahora sí que me entró un pánico incontrolable y dando brazadas de ahogada en pleno seco de un arenal del desierto perdí de pronto todo vestigio de orgullo y de animosidad hacia ese hombre!
- ✧ “¡Ayúdeme! ¿¡Que hago!?” Le supliqué.
- ✧ “¡Quítate la ropa!” Me gritó, pero no me funcionaban las manos porque mi mente no sabía por dónde empezar. De nuevo, para cuando me di cuenta él ya estaba desatándose las botas y dándome direcciones. Entre los dos cooperando logramos el propósito de desvestirme de volada. Los detalles son

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

demasiado vergonzosos para pormenorizar, pero momentos después, despojada de los terroristas rojos me encontraba envuelta en su poncho negro mientras que él se ocupaba de terminar de sacudirme la ropa. Fue entonces cuando, con otra perspectiva netamente diferente, tuve ocasión de observarle. Su *chi* era tremendo, como el de un jaguar o de un tigre, de pronto su sombrero no me pareció tan ridículo y no pude sino admirar la altivez de su porte, cosa que hace momentos había despreciado por arrogante y altanero. Me sentía desequilibrada, trastornada, como si hubiera caído en una conejera para acabar en el país de las maravillas y este señor fuese mi única salvación. Miles de preguntas me inundaron la mente de pronto y sabía a ciencia cierta que él tenía las respuestas.

- ⌘ “Toma, ya está. Vístete. Quédate con el poncho puesto hasta que entres en calor. Siéntate, pero con cuidado de donde te plantas. El desierto es un lugar peligroso. Y tranquila, en el Japón las mujeres no se avergüenzan de sus cuerpos, no sienten pudor al verse desnudas”, me dijo en un tono que mientras no se podría confundir por tierno, al menos no era desdeñoso.
- ⌘ “No estamos en el Japón”, le indiqué, ya no desafiante, sino a modo informativo. “Ni tampoco soy japonesa.”
- ⌘ “Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los Doce Pares de Francia, y aun todos los Nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías.”
- ⌘ “¿Cómo dice?”
- ⌘ “¿No has estudiado tu Don Quijote?” Preguntó auténticamente preocupado. “Es prerequisite para el rango de *shidoshi-ho*.”
- ⌘ “Sí, pero no lo tome demasiado en serio, pensé que era nomás una novela”, dije con una chispa espontánea de humor que él tardó un poquito en captar.
- ⌘ “¿Qué? ¿Nomás una...?” Esta vez mi sonrisa al menos tuvo el impacto de comunicar que a pesar de todo no era tan tonta como parecía. Asintió

levemente con la cabeza, y aprovechando para devolverme el bolo cambié el tema de conversación para hacerme una pregunta algo inesperada.

- ✧ “¿Por qué estás aquí?”
- ✧ “Para estudiar con Ud.”
- ✧ “No es cierto, hasta hace unos minutos ni me conocías. ¿Cómo ibas a hacer algo con alguien que ni siquiera conocías? Piensa mejor. ¿Por qué estás aquí?”
- ✧ “Pues para aprender.”
- ✧ “Ese es el propósito de tu presencia, y esa sería una respuesta válida si te hubiera preguntado ‘¿para qué estás aquí?’, una respuesta válida de entre muchas pero dependiendo de cómo interpretes la pregunta. Ya llegaremos a esa. Pero esa no fue la pregunta. De nuevo, ¿por qué estás aquí?” El hecho de comenzar a pensar, a dialogar me empezaba a hacer recobrar mi centro, a hacerme sentir más en control de mi mente y por lo tanto de mis emociones.
- ✧ “¿Aquí? ¿Dónde? ¿En el desierto, en la vida, a qué se refiere?”
- ✧ “¡Ah! ¡OK! La cabeza no es sólo para lucir un peinado. Sigue. ¿A qué me puedo referir? ¡Contesta! ¿Por qué estás aquí?”
- ✧ “Para aprender.”
- ✧ “¡No! Ése es el ‘¿para qué?’, o sea, el propósito. ‘Para’ es una preposición de finalidad, de propósito, de intención. ‘Por’ es una preposición de ‘causa’. Antes de la intención hay una causa, una motivación, un impulso. ¿Cuál es la *causa* por la cual estas aquí? Piensa y comienza tu respuesta con ‘por’ seguido de ‘que’.”
- ✧ “Porque preciso aprender.” Le dije, no me gustaba que me tratara como a una adolescente, como a un pre-adolescente; quería mostrarle que valía para algo, que a pesar de lo desastroso de la noche, que sí sabía algo; quería rescatar algo de mi orgullo, pero era todo ego y como el clavo que sobresale en piso de madera, quedaría bien amartillada.
- ✧ “Graciosa. Necia, pero graciosa. ¿Qué más?”
- ✧ “¿Necesita insultarme?” Eso le provocó una leve sonrisa.
- ✧ “Además de necia, impertinente. Sí, es preciso insultarte.”

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

- ⌘ “¿Para qué?”
- ⌘ “Para lastimarte los sentimientos, para humillarte, para que te sientas insultada, ¿para qué va a ser? ¿Ves? No te sirve de gran cosa preguntar el ‘¿para qué?’ cuando en realidad quieres saber el ‘¿por qué?’. ¿Verdad? Deberías haberme preguntado ‘¿por qué precisa insultarme?’” Sabía que me estaba acercando a la raya, pero algo dentro de mí quería probar mis límites.
- ⌘ “Entonces, ¿por qué tiene que insultarme?” Decidí, siguiéndole la corriente, aunque yo ya sabía el por qué, era porque en el fondo yo seguía siendo una niña malcriada que no fue ubicada en su vida y que tuvo que venir a este lugar y con este señor para aprender una lección que tenía que haber aprendido hace ya veinte años – al menos esa era mi teoría; él quizás tendría otra, claro.
- ⌘ “¡Ah! ¿Ves cómo en realidad quieres saber el ‘¿por qué?’, la causa que me impulsa al acto de insultarte? ¿Verdad? Bien, bien. Veo que entiendes el concepto. Ahora aplica esa misma lógica analítica a mí pregunta y respóndeme.”
- ⌘ “Sí *shihan*, pero no me respondió a la pregunta. Desearía mucho saber por qué me tiene que insultar.”
- ⌘ “¡Y yo desearía mucho que te dieras cuenta de que me importa un pito lo que tú desearías saber y desearía mucho saber que entiendes que será mejor que te apliques a responder a mis preguntas, porque si no lo haces de aquí a muy poquito ya no vas a estar aquí! O al menos vas a estar aquí sin mi presencia. Sigue así y mis vacaciones van a comenzar una semana antes. Otra vez te lo digo: ¿¿Por qué estás aquí?!”

Era mi última oportunidad, el tono y el volumen de su voz me lo indicaban claramente. La idea de reprobar el programa me cayó como un balde de agua fría. No había suspendido nada en mi vida. De hecho en todo lo que me había propuesto siempre fui una alumna estelar, tanto en lo académico, en lo deportivo o en lo extracurricular. La idea de llegar aquí y reprobar algo me espantaba como a un

cardenal la excomuni3n. Sabía que le estaba agotando r3pidamente la paciencia y no dudaba de que no fuera amenaza sino promesa eso de suspenderme y mandarme a casa.  iría a tener la última palabra aquí y ahora y durante todo este entrenamiento. Creo que fue la primera vez en mi vida en la que entendí de pleno el concepto de jerarquía marcial. Estaba bien claro: l no precisaba de mí, pero yo s de él; sin mí no solamente se iría de vacaciones sino que alguien m3s vendría a reemplazar mi lugar como su posible aprendiz, alguien con menos negativismo desafiante. No s si fue el susto con los coyotes, las dolorosas picaduras de las hormigas, la humillaci3n de todo, o el adem3n y talante de este hombre, o todo a la vez, pero me cay3 la gran ficha de que mi atracci3n física, por primera vez en mi vida no me iría a servir, y me di cuenta de que los h3bitos de una vida, los patrones, los esquemas, serían el primer impedimento a mi supervivencia en el programa. ;Si no controlaba mi genio, iría a echar todo a perder, y no era cuesti3n de que mi madre viniera a hablar después con el director!

- ⌘ “Estoy aquí porque quiero superarme, porque a pesar de todo no me siento que merezca nada de lo que he conseguido; me he pasado toda la vida buscando algo m3s y vine aquí para ver qué es lo que hay m3s. ;Quiero ser una Maestra; quiero ser la primera mujer *shihan* del Ryu!” La explosi3n me sali3 de sorpresa, me conocía ambiciosa, pero ni yo me imaginaba tanto. Era como si por un momento algo o alguien dentro de mí se hubiera manifestado por primera vez, algo reprimido, apenas reprimido, pero ajeno a su vez.

- ⌘ “Bien, mejor, mucho mejor. Tu perspectiva ante la pregunta profundiza y me dice mucho sobre ti, pero se limita a ti. Hablas exclusivamente de tu motivaci3n personal, lo cual de por sí denota un fuerte narcisismo por tu parte. Pauta: el mundo no gira entorno a ti. Bueno, trabajaremos con lo que haya. Al menos se te han bajado un poco los humos de princesa, por ahora. Pauta: no me gustan las princesas, me caen mal, y si me caes mal te va a ir peor. Bien,

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

estás aquí PARA aprender, pero PARA aprender tienes que entender que lo más importante es saber el ‘¿por qué?’ estas aquí, ya que el ‘¿por qué?’ y el ‘¿para qué?’ se apoyan mutuamente.

“Decir que tienes que aprender porque ‘no sabes’ es como decir que tienes que comer porque tienes el estómago vacío: no explica la causa real. No se puede aprender lo que ya se sabe, y no se puede llenar el estómago si no está vacío. ¿Me entiendes? El ‘por qué’ acaba decidiendo el ‘para qué’; pero el ‘para qué’ por sí solo es a veces un callejón sin salida. La causa determina el propósito, porque sin causa no habría propósito. ‘¿Por qué le disparó?’ ‘Para matarle’ no es una respuesta; pregunta mejor ‘por qué’ le quería muerto. Sentimos hambre porque el cuerpo o la mente, o los dos, precisan de la saciedad que aporta la comida – hay una necesidad fisiológica, psicológica, o ambas. El ‘para qué’ comemos está subordinado al por qué, de la misma forma que el ‘para qué’ le disparó, está subordinado al ‘¿por qué le quería muerto?’ Estas aquí ‘para’ cambiar cómo piensas, cómo te comportas, y cómo te sientes, y cambiarlo de acuerdo a otra identidad, otro modelo, ¿pero por qué? Porque el tuyo no sirve, no te sirve a ti y no le sirve ni al Ryu directamente ni al propósito del Ryu, que es servicio al pueblo. Pero aun te queda mucha tela para cortar con esa pregunta, por ejemplo, ¿por qué crees que este entrenamiento se lleva a cabo aquí en el desierto?” Dijo con plena seriedad, añadiendo, “háblame de algo que hayas aprendido en tu entrenamiento anterior que te haya servido aquí, ahora.”

- ✧ “Aprendí mucho, pero no a defenderme de una jauría de coyotes”, solté con una amargura viperina que ni yo misma reconocía.
- ✧ “¿De coyotes eh?”
- ✧ “¡Sí, de coyotes! ¡Usted los vio! ¡Los espantó cuando llegó!”
- ✧ “¿Ah sí? ¿Estás segura de eso? ¿Apostarías la vida?”

Shodai Sennin J. A. Overton-Guerra

- ⌘ “Claro que estoy segura. Y yo nunca apuesto. Va contra las reglas de la Orden. Pero estoy tan segura como que estoy aquí sentada hablando con Usted.”
- ⌘ “Yo tampoco apuesto, pero no porque va contra ninguna Orden, sino porque va contra mis propios principios. Aclárate en eso. No, no apuesto. Gano.” Y con eso lanzó un pitido largo como el de un pájaro agonizando; y en un segundo aparecieron la misma media docena de coyotes que casi me asaltaron hace un ratito. Le rodearon, orejas gachas y colas meneando, cada cual buscando entrada para lamerle las manos y la cara como podían mientras que él se defendía jugando, gruñendo, jalándoles a algunos, alzando a otros, hasta que volvió a emitirles el ‘chis-chis’ con lo cual de inmediato dispersaron de nuevo. ¡Eran perros! ¡Una raza que desconocía pero eran claramente perros! “¿A esos ‘coyotes’ te referías? Menos mal que no apuestas. No sobrevivirías tus pérdidas”, afirmó conteniendo una sonrisa burlona.
- ⌘ “No entiendo, si parecían coyotes, estoy segura de que eran coyotes, no son los mismos, ¿o sí?” Estaba realmente estupefacta, ya cuestionando mi propia sanidad mental.
- ⌘ “¿Qué te crees que llevo una ‘jauría’ de coyotes metido por la manga para asustar a los aprendices cuando vienen? Mejor dime por qué tienes tanto miedo a los perros.”
- ⌘ “No tengo miedo a los perros.”
- ⌘ “Te voy a preguntar una vez más y solo una. Piensa bien tu respuesta, de ella depende si aquí acaba tu entrenamiento y vuelves reprobada o no. ¿Por qué tienes miedo a los perros?”
- ⌘ “¿Cómo sabía que...?”
- ⌘ “Lo supe porque cuando viste a Shogun por primera vez te entró un pánico en vez de estar fascinada, por eso mismo se convirtió en tu peor temor, no viste las cosas como eran en realidad, sino como temías que fueran en tu imaginación, que suele ser el caso cuando la gente tiene miedo. Responde a la pregunta.”

Tiempos de Miakoda – Volumen I: Coyotes Negros

- ⌘ “Me mordió un pastor alemán cuando era niña.”
- ⌘ “Era un pekinés y no te mordió, solamente te corrió un poco por el salón de la casa de tus primos. Última mentira que te permito. Una más y mis vacaciones comienzan una semana antes. No estamos aquí para niñerías, ni coqueterías, ni pendejadas por el estilo. ¿Por qué estás aquí?”